

“No tiene sentido dar la batalla por la actualidad de la teoría marxista”

Ludolfo Paramio

*por Mauricio Chama**

Ludolfo Paramio es uno de los permanentes animadores del debate político en España. Polémico, lúcido, reflexivo, en esta entrevista, entre otras temas, recuerda su ingreso en el campo intelectual español; analiza el lugar del marxismo en las últimas décadas, a la luz de *Tras el diluvio* –su libro de mayor circulación en nuestro país–; discute con el neoliberalismo y ofrece un panorama sobre el campo de las ciencias sociales hoy.

Actualmente Paramio se desempeña como Profesor de Investigación y Director de la Unidad de Políticas Comparadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.

P: En primer lugar, me gustaría comenzar esta entrevista preguntándote de qué modo se inicia tu vocación intelectual

R: Pues de forma bastante autodidacta. Yo estudiaba Ciencias Físicas pero me interesaba escribir, no me preguntes por qué, pues no tengo la menor idea de la razón por la que me gustaba. Probablemente porque era muy lector. Y me matriculé en Periodismo y en un momento dado empecé a buscar colaboraciones en prensa, más por el afán de escribir que por ganar dinero, aunque este último no fuera nada desdeñable. Así me contacté con un grupo de la oposición intelectual al franquismo, en torno, fundamentalmente, a Valeriano Bozal y en el

* Universidad Nacional de La Plata. CISH.

que estaba también el diseñador Alberto Corazón. Era un grupo que tenía inquietudes bastante vanguardistas en el terreno de la estética y al mismo tiempo una densa formación filosófica, en particular marxista. Y empecé a colaborar con ellos, como junior de un grupo ya constituido y a partir de eso salió la revista *Zona Abierta* y salieron muchas cosas más.

Digamos que el origen es una situación de dictadura en la que el gusto por escribir le podía llevar a uno fácilmente a inquietudes políticas de oposición, un afán de escribir que si tuviera dinero contrataría a un psicoanalista para que me desvelara mis raíces y, por último, el hecho casual de entrar en este grupo, al que debo más o menos mi aterrizaje en el campo intelectual, mis primeras lecturas...

P: ¿Terminaste con tus estudios de Física?

R: Sí, sí. Yo me gano la vida como profesor de investigación (catedrático) de Ciencia Política, pero soy Doctor en Física. Nunca he sido doctor o licenciado ni en Ciencia Política ni en Sociología. Son paradojas de la legislación vigente, o por lo menos vigente cuando hice mis estudios.

P: ¿Cuáles fueron tus primeras influencias intelectuales, autores, temas que recuerdes en esos inicios?

R: Bueno, es que es un poco vergonzoso, son casi como los antecedentes penales, deberían caducar, desaparecer del expediente de uno al cabo de un tiempo. Pero eran, en concreto, Althusser y el marxismo estructural. Cosa que, además, es más paradójica porque en el grupo en el que yo aterrizaba, que se llamaba "Comunicación", no había ningún estructuralista. Es más, se consideraba que esto era una forma de demencia específicamente francesa. De haber una influencia filosófica significativa en el grupo era la del marxismo italiano, sobre todo Della Volpe, y después un gran impacto de Gramsci. Pero yo aterricé ahí como althusseriano. Hablaba un dialecto un tanto ajeno al equipo, pero me toleraron muy bien y se me pasó. Lo del althusserianismo se me pasó con cierta rapidez.

P: ¿Eso fue más o menos por qué año?

R: Estamos hablando de los años 70-73, más o menos. La revista *Zona Abierta*, en la que esto se plasma —que ha durado con muchos cambios, pero ha durado desde entonces—, empieza en el 74.

P: ¿Y reconoces que algunos de esos núcleos temáticos, Althusser, Della Volpe, Gramsci, pueden seguir teniendo vigencia para pensar el presente?

R: Seguramente, pero en esto uno acaba siempre manejando una perspectiva muy personalizada. Entonces, probablemente la de Gramsci sea una de las obras más sugestivas sobre la primera mitad del siglo y sobre todo algunos de sus tópicos, como el peso del factor cultural en el cambio social. Aunque creo que lo ha lastrado mucho su presentación bajo el término de hegemonía y su vinculación por tanto al papel de un actor político protagonista de la historia. Pero como planteamiento si se quiere “culturalista” del cambio político y social, es muy sugerente, todavía hoy. Y sobre el tema de la “americanización”, sus escritos tienen tal vez más vigencia ahora que entonces. Pero yo he ido derivando desde los años 80 hacia una preocupación más específica por la historia; sobre todo por los aspectos históricos y en un sentido irrepetibles del cambio social. Y aunque intento manejar categorías sociológicas, categorías teóricas, al analizar esos cambios sociales, al plantearme cómo se han producido, la verdad es que el peso del análisis específicamente histórico me parece que es mucho más importante en mi trabajo actual de lo que yo imaginaba en los años 70. En ese sentido, Althusser me parece lo más alejado de lo que a mí me puede preocupar hoy. Y en el caso de Gramsci, me interesan menos los conceptos teóricos que su sensibilidad ante procesos históricos que estaban pasando frente a él.

P: Me gustaría detenerme un momento en tu libro Tras el diluvio, que creo que en parte representó la culminación de un proceso que se inició años atrás, fines de los setenta y principios de los ochenta. Me refiero al cambio que se da en ciertos grupos de intelectuales de izquierda que transitan de la idea de revolución hacia la idea de democracia. Me parece que Tras el diluvio, en un sentido, sintetiza ese proceso. Si es así me gustaría saber cuáles serían los elementos centrales de ese tránsito que va de la idea de revolución a la idea de democracia. ¿Se entiende la pregunta?

R: Sí, el problema es cómo ordeno la respuesta. Digamos que hay por lo menos dos elementos. Uno es que el concepto de revolución en Europa Occidental en los años 70 no parecía muy sensato, no parecía que tuviera mucha actualidad. Se pensaba más en procesos democráticos, no de insurgencia contra el Estado, sino democráticos dentro de los términos del Estado y la sociedad. Lo más lejos que se llega desde la perspectiva de ruptura estatal

como elemento de la transformación del Estado es la revolución portuguesa del 74. Pero era ya un contexto muy marcado por lo que había ocurrido en Chile. La idea de que no se podían conseguir transformaciones profundas sin el apoyo democrático de la mayoría creo que era bastante fuerte en el pensamiento socialista de posguerra. Incluso la formulación por Berlinguer del concepto de “compromiso histórico”, como plasmación de un amplio consenso sobre las transformaciones sociales, a partir de un entendimiento entre el centro y la izquierda... Creo que ahí había una corriente muy significativa que sostenía que no se podía ir hacia la ruptura del modo de producción o de las características del modelo de sociedad, sin contar con un amplio respaldo social. En este sentido, la experiencia de Chile hacía que hablar de revolución, pensar la revolución como vía de cambio social en nuestros países no pareciera sensato.

El otro factor que creo importante, el factor personal, fue el conocer a Fernando Claudín y la relación personal con él, el diálogo, el intercambio de ideas o como se quiera llamar. En realidad no sé hasta qué punto era un intercambio de ideas —él tenía ideas y yo tenía ocurrencias—, en general la gente de mi generación o de mi grupo, repetía ideas anteriores y teníamos algunas ocurrencias graciosas. Pero el que tenía una enorme experiencia detrás, muy elaborada, era Fernando. Y nos influyó yo creo que a todos, bueno a todos no sé, pero en particular a mí mucho.

En un sentido teórico, abstracto, no puedo decir que sacara de mi amistad con Fernando un sistema de ideas, pero una idea desde luego: que no tenía sentido plantearse la transformación social como un momento de ruptura. Es decir, los procesos de transformación social reales eran procesos prolongados, graduales, tenían momentos de mayor rapidez y momentos más lentos, pero no existía un antes y un después, que es la gran definición de revolución. Podías tener un gobierno de mayorías, podías tener mucho mayor apoyo social, podías no tener el poder político, pero estás introduciendo cambios sociales muy importantes, que se iban a traducir después en cambios favorables al modelo de sociedad que tú deseabas. La consecuencia es que de las experiencias de los setenta, de la situación europea, más la relación con Fernando, lo que me quedó fue una visión reformista del trabajo político y una visión de la transformación social como algo que sobrepasa con mucho a un solo actor político y que es un proceso de larga duración. Entonces, si me perdonas que corrija la hipótesis de partida, el libro *Tras el Diluvio*, o los ensayos que se recogen ahí...

P: ¿Que son ensayos que se producen entre el 81 y el 87, aproximadamente?

R: Sí, pero aunque desde la perspectiva latinoamericana probablemente se los pueda leer dentro de la discusión reforma o revolución, dentro de la discusión española o por lo menos dentro de mi propio planteamiento, se insertan mucho más en la discusión marxismo sí o marxismo no. ¿En qué sentido era necesario algo como la teoría marxista para plantearse los cambios sociales? Claro, el libro tiene un fuerte componente de discusión sobre los cambios en marcha, la parte de los movimientos sociales, la crisis económica de los años setenta y el final del modo de producción de la posguerra o del modo de regulación de la posguerra. Y entonces se puede pensar que se está hablando en términos de cambios o de alternativas políticas de ese momento. Pero eso está muy entrecruzado con la idea de si es necesaria la óptica marxista para entenderlos o, si por el contrario, la óptica marxista crea más problemas de los que resuelve.

Entonces, finalmente yo creo que el balance que puede deducirse del ensayo introductorio, que fue el último en escribirse, es que no tiene sentido dar la batalla por mantener la actualidad de la teoría marxista. Sino que lo mejor es, por así decirlo, ser ecléctico, tomar los elementos que sean necesarios pero no defender la “marca comercial”, porque crea más problemas de los que resuelve. Había habido intentos anteriores, el libro en alguna medida refleja una pelea teórica que se había introducido en la fase en que paralelamente a *Zona Abierta* aparece otra revista que se llamaba *En Teoría*. *En Teoría* eran las piezas de un modelo para armar. Teníamos los elementos para hacer un marxismo distinto, lo que no quiere decir seguir la ortodoxia sino montar un materialismo histórico nuevo, a la altura de los procesos que se estaban desarrollando.

La conclusión del ensayo introductorio del libro, *Tras el diluvio*, era que no valía la pena discutir sobre si tenemos los elementos o no del marxismo actual, sino que hay que analizar lo que está pasando y olvidarse de llamar de alguna forma al marco teórico. Esto era consecuencia a su vez de dos reflexiones. Primero, existía un clima fuertemente antimarxista en la época, en el cual decir que te situabas en el campo del materialismo histórico suponía perjudicar al adversario o a tu interlocutor. Segundo, no servía para agrupar fuerzas con la izquierda tradicional o con la gente que se autodefinía marxista, porque les seguía pareciendo terriblemente herético cualquier cosa que se alejara de la ortodoxia. Entonces si no servía para agrupar fuerzas por izquierda y te creaba malos entendidos con la gente que podía coincidir en objetivos políticos pero se perjudicaba ante la defensa de un rótulo teórico, mejor dejarlo.

P: *¿Dejarlo significa abandonar la versión dogmatizada de cierto marxismo?*

R: No. Dejar de decir, “yo hablo desde la perspectiva marxista” o “esto forma parte de...” o “esto se puede leer desde...” Limitarse a decir lo que se piensa y ver cómo van las cosas. Perdona una anécdota, pero una vez me dijo Ignacio Sotelo: “he leído tu último artículo, esas cosas de marxismo de derechas que tú haces” (risas). Él no se consideraba marxista, pero lo mío lo veía como marxismo de derecha. Bueno, ¿qué sentido tiene hacer esto? A un no marxista le parece una forma degradada de marxismo, a los marxistas ortodoxos les parece una adulteración: ¿qué hago yo defendiendo este producto? Es una tarea perdida, ¿no? Desde entonces he tratado de entender lo que pasa, despreocupándome completamente de cómo se pueda llamar el tipo de teoría o de marco teórico que utilizo para entender lo que pasa.

P: *¿Qué herramientas de lo que vos llamás materialismo histórico te sirven para hacer de eso, como lo has llamado, un “programa de investigación”?*

R: Hombre, eso lo intenté responder en un ensayo que se llamaba “El materialismo histórico como programa de investigación”. Pero resumiendo, ahora, te diría que es algo muy específicamente marxista: es el considerar que las condiciones materiales de existencia determinan la conciencia. Que las relaciones económicas, las relaciones de propiedad, el acceso o no al consumo y las expectativas materiales condicionan bastante lo que cabe esperar de los actores. Y que el contexto económico en el que se mueven los actores tiene mucho peso a la hora de fijar sus posiciones alternativas de interpretación y de acción sobre la realidad. Pero en un sentido tan laxo que puede ser exagerado afirmar que eso es teoría marxista. Más bien, es la sensibilidad que te puede haber dado atender originalmente a las condiciones económicas desde algunos planteamientos marxistas.

P: *Un año después de la publicación de Tras el diluvio ocurrió un acontecimiento que fue el derrumbe de los llamados “socialismos reales”: ¿en qué medida ese acontecimiento afirma o desmiente las ideas que presentás allí?*

R: Suena un poco terrible dicho así, pero la verdad es que yo no me sentí intelectualmente afectado por el derrumbe de los países del Este. Me produjo una gran exaltación emocional y sentimental ver la transformación democrática, por supuesto con altísimos costos sociales en casi todos los casos, por la trans-

formación paralela de la economía. Todo eso me produjo un gran impacto emocional; un sentimiento de que había vivido una época histórica, mucho más histórica en ese sentido que otros cambios de los últimos años. Pero no me produjo una especial impresión intelectual porque, en parte como consecuencia de la relación con Fernando Claudín y en parte por mi evolución previa, yo daba por descontado que esos países no tenían nada que ver con el socialismo. La ilusión que me hacía, en aquel momento, era que eso se lo demostraría a mucha más gente, y que no sería necesario seguir discutiendo sobre si aquello había sido socialismo o no. Pero todavía al día de hoy sobreviven personas convencidas de que lo que existía en aquellos países era socialismo, y que el hecho de que ahora haya más desigualdad o mayores problemas sociales, en bastantes casos, lo demuestra.

P: ¿Hasta qué punto se puede vincular el ideario marxista con el derrumbe de los socialismos reales?

R: Supongo que se puede tratar de buscar, sobre todo en segundo grado, una relación causal. Que las ideas marxistas condicionan el tipo de problemas que se plantean. Pues, en concreto los bolcheviques, quienes tenían una idea de la dictadura del proletariado, no como dictadura de la vanguardia sino de la absoluta imposición de los intereses del proletariado al conjunto de la sociedad. Eso tiene bastante que ver con toda la polémica sobre la industrialización y el acuerdo que existía entre los herederos de Lenin, en que la constitución del socialismo pasaba por llevarse por delante al campesinado. En el mejor de los casos, a través de mecanismos de intercambio desigual en el mercado y en el peor de los casos por la colectivización forzosa. Pero nadie discutía que se pudieran llevar por delante al campesinado y lo que representaba la pequeña agricultura individual en aras de la construcción de algo superior, de la industrialización y del socialismo. Hombre, si te quieres llevar por delante a una capa muy extensa de la sociedad, lo normal es que eso vaya a terminar muy mal, porque vas a tener una dictadura en el peor sentido, no del proletariado sino del otro.

Yo creo que ya las características del grupo bolchevique, incluso la coyuntura en que se discuten las elecciones de la Constituyente, explican bastante el endurecimiento político del régimen, su deformación autoritaria posterior. Bueno, todo eso se puede buscar pero la clave de esta historia es que los regímenes posrevolucionarios tienden a ser autoritarios, tienden a concentrar un poder coactivo mayor del que tenían los regímenes a los que han sustituido y cuando

además lo hacen en un contexto geopolítico vulnerable, con mucha mayor razón. El despliegue militar y policíaco de la Unión Soviética era casi más consecuencia del proceso revolucionario que le había dado nacimiento que de las ideas marxistas.

P: Cambiando de tema, en Tras el diluvio, en que se intenta hacer una crítica de la izquierda, desde la izquierda, creo que se abren dos puertas: una que en términos teóricos conduce al “neomarxismo” y otra que, en términos políticos se orienta al “reformismo de izquierda”. En perspectiva histórica ¿qué balance se puede hacer de esa doble apuesta?

R: Te voy a contestar otras dos preguntas distintas, pero que creo que tienen alguna relación. Creo que entendemos mejor ahora los procesos de cambio social. Hemos dejado de hablar casi por completo de marxismo y creo –en coherencia con lo que venía planteando– que es lo mejor para evitar confusiones y melancolías innecesarias. Pero creo que en la teoría como tal, la capacidad para comprender los procesos de cambio social, la actuación de los actores colectivos, creo que algo hemos mejorado. La otra cuestión es si por la vía del reformismo se ha avanzado o no.

Los ensayos del libro todavía recogían una visión optimista que arrancaba del éxito del modo de regulación capitalista de posguerra, del hecho de que se había reforzado el peso político, y la capacidad de influir sobre el Estado, de los sectores trabajadores, de los asalariados y entre ellos de la clase obrera industrial. Evidentemente, en los últimos veinte años se han producido transformaciones muy drásticas, no sólo la disminución del peso de la clase obrera industrial sino la desaparición de aquel modo de regulación, dentro de esas transformaciones pro mercado que se han extendido, con efectos más o menos traumáticos, no sólo por América Latina o en países en desarrollo sino también en los países de Europa Central.

Entonces hay una fragmentación de la clase trabajadora y un redimensionamiento de los actores políticos que asumían su representación. En concreto, la perspectiva histórica desde la que estaba escrito el capítulo “Una revisión de la historia del movimiento obrero”, hoy parece muy exageradamente optimista. Esto, ¿ha modificado radicalmente mis planteamientos? Sí y no. Creo que lo que han planteado la crisis y las transformaciones económicas posteriores es la necesidad de contar mucho más con la complejidad social y no simplificar, en el sentido de imaginar unos intereses proletarizados crecientemente,

mayoritarios o con más peso en la sociedad. Lo que creo, sí, es que hay que tener más en cuenta las aspiraciones, las demandas, las necesidades, de lo que en términos más o menos clásicos llamaríamos las clases medias. Esas clases medias son más bien complicadas, no es tan fácil mostrar las fronteras de esas clases medias y las clases trabajadoras tradicionales, no es tan fácil saber si los trabajadores cualificados en las ramas industriales dinámicas están más en las clases medias u obrera industrial. Todo es mucho más complicado y seguramente esa complejización exige, todavía más allá de lo que parecía en los años 70, la doble idea de que es necesario un fuerte consenso social para poder introducir cambios de larga duración desde el Estado, y de la dificultad de conseguir ese consenso porque hay que pensar en términos de coaliciones políticas extensas. Que todo es más complicado de lo que parece y que plasmar la idea de consenso social y de acuerdos políticos para las transformaciones sociales es más difícil.

El otro aspecto es más de perspectiva, si se quiere, moral: ¿está justificado el pesimismo que invadió a la izquierda frente al optimismo que yo manejaba en los años 80? Bueno, yo creo que el optimismo debe ser siempre una actitud moral indeclinable. En ese sentido me temo que sigo a Gramsci, pero ni siquiera estoy seguro de que haya que ser pesimista de la inteligencia. La cautela de esperar siempre que todo lo que pueda salir mal, saldrá mal, seguramente está fundada, pero eso no es tanto Gramsci sino la “ley de Murphy”. No estoy nada convencido de que el proceso que hemos vivido en estos veinte años marque una tendencia histórica indefinida ni que vaya a durar mucho más de lo que ha durado ya. Porque uno de los rasgos que me llama la atención es que la ideología neoliberal, en el sentido fuerte de ideología, como capacidad para modificar las ideas e imponer si se quiere una hegemonía cultural sobre la sociedad, creo que se agotó a mediados de los 90. Coincidiendo, lógicamente, con el asentamiento del crecimiento norteamericano, con la presidencia de Clinton y la victoria de Tony Blair en Inglaterra. Independientemente de lo que significa a mediano plazo la “tercera vía”, lo cierto es que los años 90 han supuesto el final de la ofensiva neoliberal. Hoy puede haber una economía neoliberal, pero ideología neoliberal rampante, como la de los 80, la hay en muchísimo menor grado.

P: Estoy pensando en términos de Gramsci y uno podría decir que el neoliberalismo se ha instalado como sentido común, ¿no es cierto?

R: Efectivamente, te juro que iba a decirlo si no te hubieras adelantado. El problema es que, efectivamente, lo que ha pasado después de quince años de la

ofensiva neoliberal es que se ha redefinido el centro. Ahora el centro está más a la derecha. Ahora parece que las intervenciones públicas son vistas de antemano como obscenas. Por tanto, no hace falta proclamar la necesidad de que el Estado limite esas intervenciones. Es al contrario, hay que argumentar mucho para justificar una posible propuesta de política pública o de intervención, parece que hay que cargarse de razones porque *a priori* la sensibilidad social va en contra. No te hablo ya de la presión fiscal, que provoca horror en ciudadanos a los que hace veinte años, en una situación social determinada, una subida de 2 puntos les parecía más o menos normal. Hay una fuerte modificación de los hábitos sociales que podemos considerar que es la victoria *post-mortem* del neoliberalismo.

Ahora bien, los imaginarios colectivos aguantan lo que aguantan, aguantan hasta que chocan con cambios en la realidad de los que no pueden dar cuenta. Yo tengo en este momento una perspectiva próxima a la idea de Karl Polanyi de que, cada vez que el mercado se ha expandido, ha habido un momento en que ha sido necesario volver a encadenar a la fiera porque si no acaba destruyendo la sociedad. Puede que la fiera haya ido más lejos esta vez que en otras ocasiones, pero me parece que hay algunos síntomas de que la tendencia se está invirtiendo y de que todo lo que se desreguló deberá volverse a regular. Este planteamiento sugiere la mentalidad de un viejo apocalíptico, deseoso de que la realidad condene las ideas equivocadas, pero por mucho que sea sospechosa esta ilusión, yo tengo la impresión de que hay síntomas de que las cosas no pueden seguir así eternamente.

La teoría sobre la que se apoya la expansión de la ideología neoliberal es que, cuanto mayor es el papel del mercado en la organización de la vida social, mejor funciona la economía; y a partir de ahí la ideología neoliberal razona: "y por consiguiente, también la sociedad". Bueno, hay bastantes razones para sostener que la premisa económica es falsa: el PBI per cápita había crecido un 2,5 % entre 1960 y 1980, y desde esa fecha hasta 1996 el promedio ha sido de un 1,7 %. Curiosamente los resultados son aún más decepcionantes para los países desarrollados: un 1,9 % de 1970 a 1995 frente a un 3,5 % entre 1950 y 1970. Si se mide la excelencia de la economía por la capacidad de crecimiento no parece que el record neoliberal sea para pasar a la historia. Pero en segundo lugar, se suponía que si el crecimiento a corto plazo no era bueno, en cambio estaría garantizada una mayor estabilidad del crecimiento a largo plazo. A juzgar por lo sucedido con la crisis asiática, por la situación en América Latina, y ahora con lo que se sospecha que puede suceder con la recesión en Estados Unidos, no es nada seguro que los cambios en la economía en los últimos veinte años garanticen un crecimiento estable y sostenido.

En concreto, en el caso norteamericano hay una fuerte sospecha que la excesiva modernización del sistema financiero ha llevado a las empresas más dinámicas a endeudarse, a incrementar mucho más su financiación por la vía de la deuda que por la de la bolsa. Y que ante una recesión como la que ha comenzado, la mortalidad empresarial y las bajas que puede causar ese excesivo endeudamiento pueden ser muy fuertes. E, independientemente de que esto no termine demasiado mal, es bastante probable que las dificultades que afronten las economías desarrolladas o en particular la norteamericana, lleven a modificaciones en el sentido común de los operadores económicos, que podrían ser el comienzo de una fase nueva de menor deslumbramiento ante el mercado y la modernización financiera.

Y luego hay una anécdota mucho más chica, que es bueno considerar, que es la de la crisis eléctrica de California. La liberalización y la competencia en los servicios públicos, fijando precios máximos para evitar la oposición de los ciudadanos, han llevado a una insuficiencia de la oferta y a los apagones. Finalmente, si se quiere que funcionen los servicios públicos y se quiere que haya un tope para los precios tiene que haber algún tipo de subsidio o de regulación pública para garantizar las inversiones y la capacidad productiva. No se puede imaginar que las empresas van a realizar inversiones a medio y largo plazo si no cuentan con garantías de rentabilidad. Entonces me temo que algunas de las ilusiones de tener todas las ventajas del mercado y ninguno de sus inconvenientes se van a replantear también.

¿Es todavía muy temprano para decir esto? Pues no lo sé. Han pasado 28 años desde el primer choque del petróleo; 22 desde el segundo, el mismo año 1979 de la victoria de la señora Thatcher. Ha pasado un tiempo considerable y los ciudadanos están viendo la mayor o menor capacidad de las promesas neoliberales para cumplirse. Entonces, me imagino que los próximos años van a ser interesantes en este sentido, y aunque no podamos recuperar el optimismo lineal que yo manejaba en los años 80, tampoco creo que haya muchas razones para ser linealmente pesimista.

P: Te llevo nuevamente al terreno de las ideas. Vos antes comentabas que las ideas de la nueva derecha se han impuesto como una especie de sentido común, y ante la evidente pérdida de la hegemonía cultural del marxismo, que también has comentado, ¿cuál es el panorama que presentan hoy las ciencias sociales?

R: Bueno, primero haría una salvedad, el marxismo sólo ha sido hegemónico en algunos países y en algunos momentos. La verdad es que para quienes

vivimos la crisis del marxismo era como si se nos acabara el mundo, pero ese mundo no había existido para la inmensa mayoría: no conviene perder la cabeza demasiado en ese sentido. Lo que sigue habiendo, claro, son modas intelectuales, y es bastante lógico que los años 80 y 90 hayan sido el gran momento de ascenso de la teoría de la decisión racional, como teoría general que lo explica todo. La afinidad electiva entre una teoría que explica la sociedad en los mismos términos en que se explica el comportamiento del consumidor o del agente económico en el mercado, es fácilmente comprensible. Sería raro que el ascenso del mercado como paradigma de organización social no hubiera venido acompañado del ascenso de un marco teórico que coincide con sus ideas. No estoy convencido, en cambio, de que eso tenga por qué tener efectos duraderos. Estas cosas marcan a la generación que las sufre, claro, y me temo que habrá una generación de académicos que seguirá haciendo modelos cada vez más complicados, en términos de decisión racional, para explicar hechos triviales. Pero también creo que la teoría de la decisión racional ha cumplido una función clarificadora. Digamos, en la línea del primer Elster, que es bueno aprender a plantearse los cambios sociales, o la actuación de actores colectivos, desde el punto de vista de las decisiones individuales. El individualismo metodológico ayuda a pensar con mayor precisión, sin crear fantasmas ontológicos, sin hipostasiar entes no verificables. Ayuda a pensar mejor las causas y condiciones del cambio social. Y creo que eso puede ser un punto de arranque sano, siempre y cuando no se tome demasiado en serio toda la parafernalia que la teoría formal lleva aparejada.

Me parece, que junto a eso, ha habido en los 90 una recuperación, un nuevo ascenso de la idea de los actores colectivos, en un sentido que probablemente venga de Touraine, pero ahora pensado en términos de interacción de actores estratégicos. Una cosa a mitad de camino entre la teoría de los actores de Touraine y la teoría de los juegos, o el planteamiento de la interacción estratégica propio de la teoría de los juegos. Una vez más, si no se deja llevar uno demasiado por el formalismo, creo que esa perspectiva ayuda a entender mejor lo que nos está pasando: a pensar las condiciones sociales de la democracia, por ejemplo, el posible consenso o no sobre las reformas económicas, la construcción del orden social sobre la base de la interacción estratégica, de unos actores más o menos organizados, parcialmente estables a lo largo del tiempo y que manejan estrategias racionales.

Y lo que creo que les pasa a las ciencias sociales en este momento es algo muy parecido a lo que les pasa a los actores políticos y a los intelectuales meti-

dos en política, y es que estamos viviendo una fase de cambio vertiginoso, que se ha dado por descontado que se estaba estabilizando un modelo desde los años 80 y 90 y que no se está estabilizando. Si esta hipótesis es correcta, lo que sucede es que nos cuesta entender un proceso que no termina nunca, que no llega a cristalizar, que no se estabiliza. Ese funcionamiento de un modelo que no acaba de estabilizarse, lógicamente crea de continuo más preguntas de las que se pueden resolver. Porque no hay estabilización de actores, no hay identidades fuertes que den sentido a la decisión individual, es una realidad toda demasiado fluida. ¿Se va a llegar de nuevo a una fase relativamente estable como la que se vivió en los años 50? Pues tampoco es inevitable.

De hecho, ¿los años 50 fueron tiempos tan estables como los imaginamos ahora? No. Lo que sí es indudable es que en ese momento existía una cierta estabilización de las identidades en los grupos, la gente sabía cuál era su sitio en el mundo porque había grandes actores sociales que sabían cual era su sitio en el mundo. Otros, en cambio, estaban aproximándose a una grave crisis de identidad, como ahora sabemos. Los negros, en el sur de los Estados Unidos, descubrieron en los años 50 que no querían seguir siendo quienes se suponía que eran, que querían en cambio un nuevo papel como individuos y como grupo en la sociedad.

En todas las épocas hay cambios de identidades, hay erosión de las identidades existentes. Pero en este momento tengo la impresión de que el proceso es más grave, hay una pérdida de sentido para una gran mayoría social. Supongo que una mayor estabilización de las identidades sociales también ayudaría a clarificar un poco las perspectivas teóricas. En ese sentido, al menos sabríamos de qué hablamos cuando hablamos de actores sociales; en este momento manejamos conceptos, etiquetas de actor social tomadas de un período que llega hasta los 70-80, que de alguna forma perviven, pero seguramente no significan ya lo mismo que significaban entonces.